

Una guerra, una rama de olivo y el origen de la paloma de la paz

Estaba volando por el cielo azul como cada mañana. Todo parecía tranquilo. Ese día hacía algo de viento, pero me gustaba, porque ese viento suave me daba en mis alas blancas. Repito que todo parecía tranquilo, hasta que divisé a lo lejos cadáveres de personas recién fallecidas. Me acerqué más y vi algo totalmente horroroso: una guerra entre dos ciudades vecinas.

El paisaje que había en esos momentos en la frontera de las dos ciudades era desolador: había habitantes de las dos ciudades muertos porque no pudieron defenderse de las bombas que caían de los aviones, entre los muertos había hombres, madres junto a sus niños y niñas que no llegaban a los diez años, mujeres embarazadas y, hasta incluso, bebés. Las pocas personas que quedaban vivas estaban llorando e intentando reconocer los cuerpos calcinados de sus familiares y amigos. Lo que antes eran bonitos bosques y praderas ahora solo eran un montón de cenizas.



En esos momentos no sabía qué hacer. Estaba horrorizada por lo que estaba viendo. Ese paisaje me había dejado totalmente inmóvil. Sabía que tenía que hacer algo y, de repente, levanté el vuelo. Aunque no sabía a dónde ir, esperaba encontrar algo que me ayudara.

Volé lo más rápido que pude. Ese viento que antes era suave, ahora era una ráfaga de viento descontrolada. Pero mis ansias por parar esa guerra eran mayores que la ráfaga y, en esos instantes, me sentí mucho mayor que la fuerza del viento. Estaba sobrevolando una pradera cuando vi un hermoso olivo. Bajé y me posé en una rama y cogí con mi pico una pequeña ramilla.

Volví al escenario de la guerra y lanzando un chillido que sonó más fuerte que las bombas y que llamó la atención de todos, dije:

-¿Por qué estáis en guerra? Sois dos ciudades vecinas, sois hermanas.



La gente me miraba desconcertada, pero, por lo menos, las bombas habían parado. Seguí diciendo:

-¡Soldados y generales, parad esta guerra! El problema que tenéis, solucionadlo hablando, pero, no matéis a gente indefensa y que no tiene nada que ver. ¿No os dais cuenta de lo que estáis haciendo? Estáis destrozando familias, dejando a unos pocos supervivientes sin nada. Estáis destrozando este paisaje que antes era muy bello. Y, lo peor de todo, es que os estáis engañando a vosotros mismos pensando que lanzando bombas se arreglan los problemas. ¿Entonces qué? ¿Todos los problemas que tenéis en un futuro, si es que lo hay para vosotros, lo arreglaréis tirando bombas y matando gente por ello? ¡Deberíais sentir vergüenza! Si creéis que así tendréis un futuro, estáis muy equivocados.

Lancé la ramilla de olivo en la frontera, y dije:

-Esta rama de olivo representa la paz: es fuerte, como lo serán las dos ciudades si se unen. Es verde, como el color de la esperanza. Y sus frutos serán el futuro de las ciudades. ¿Vais a parar la guerra ya?

Nunca antes había dicho algo así, pero me sentía bien y esperaba que funcionara. Los generales que capitaneaban cada bando avanzaron hacia la frontera, cogieron la rama de olivo y se estrecharon las manos. Los supervivientes estaban contentísimos celebrando el final de la guerra. Me había emocionado tanto que, incluso, lloré de alegría.

Estaba a punto de irme cuando una niña me gritó:

-¡Gracias, paloma de la paz!

Nunca antes nadie me había llamado así, pero me gustó. Me di la vuelta y vi a esa niña: debía tener unos seis años y en ese momento, tenía una sonrisa dibujada en la cara. Le sonreí y levanté el vuelo. De vuelta a mi nido, me di cuenta de que lo que había hecho era muy importante.

Desde ese día, todos los días voy surcando el cielo con el viento dándome en las alas y con una rama de olivo en el pico buscando alguna guerra que parar o alguna ciudad a la que ayudar llevándole la paz. Ahora lo hago yo, pero sé que dentro de poco tiempo, las personas no me necesitarán y sabrán arreglar sus problemas solos. Al fin y al cabo, soy la paloma de la paz.

Sofia Aylén Oranges

IES de Cox

